

# «El Goalkeeper»

7

Había cierto desorden en su habitación, propio de la de un hombre solo, pero el ambiente era acogedor debido a los ventanales y al cortinaje de tul blanco que dejaban pasar el sol y la luna. Fotografías de clubes deportivos y banderines forraban las paredes, y en un estante construido para este fin, se exhibían trofeos de plata. En la parte cenral de la pared, opuesta a los ventanales, se destacaba una fotografía con marco dorado, mostrando a los integrantes del equipo de fútbol del Bolívar Nimbles de la década del cincuenta.

Casi era una rutina, por las mañanas, muy temprano, le agradaba escuchar el trino de los pájaros y se quedaba contemplando el vuelo en giro de las pequeñas aves, sobre el frondoso pino plantado en el centro del patio empedrado. Luego se acercaba al cortinaje hasta sentir en el rostro la suavidad de su trama y entonces se quedaba por varios minutos escuchando y observando hasta que su mirada se perdía en algún lejano recuerdo. Suspiraba y regresaba a la silla de mimbro donde tenía la chamarra de cuero café y se la ponía, no sin antes suspenderla a la altura de los ojos para ver los faldones algo desgastados y el pliegue de la espalda con el grabado alusivo al club de toda su vida. Parecía que siempre estaba pensando en algo cuando hacía estas tareas domésticas. Acto seguido descolgaba la gorra escaqueada de color plomo, con la vicerita de cuarta luna, la giraba entre las manos y la llevaba a la cabeza acomodándola a su gusto.

La mañana era clara y tibia. Salió al patio que en realidad era un jardín rodeado por las habitaciones de paredes blancas y ventanales con marcos de madera pintados de negro, como las puertas. En los cuatro sectores, a la altura de los frisos, se veían macetas con plantitas, flores y enredaderas. Del interior de las habitaciones salían los murmullos y la música de la radio. Al llegar al centro miró hacia arriba, hacia el frondoso pino que se encargaba de dosificar los rayos del sol. De esta manera era posible que se desarrollaran las hermosas rosas rojas que su compañera cultivaba con ese afán tan peculiar en ella, no sólo en el cuidado de las plantas, sino también en la atención para con los suyos y para quienes visitaban la casa.

Sería poco decir, el hombre siempre había conservado la serenidad y la postura, aún en los momentos más difíciles. Sí, sería poco, porque a la muerte de la mujer amada, como en un juego de dominó, vendría la sucesión de hechos luctuosos. Al deceso de ella se sumaría la del hijo arquitecto, muerto en un accidente de carretera entre Río de Janeiro e Ipanema. Diez meses después, un hecho cruel, por sus características y que inquietó a la opinión pública, pondría a prueba su fortaleza física y moral. Sucedió al amanecer de un viernes; el primogénito de la familia moría acribillado en las proximidades al puente de Caracollo en un oscuro incidente con una patrulla militar, en plena dictadura. Sin embargo de todas estas desgracias, de sus labios jamás se escuchó una queja, y a veces como hoy hurgaba en sus recuerdos sin proponérselo.

De pronto, los murmullos del comedor interrumpieron en su memoria. Sin duda eran sus tres bisnietos y su nieta política, y entre los murmullos, radio Universidad, informaba sobre la privatización de las fundiciones de Vinto. Al escuchar la noticia pensó en su nieto, empleado en la empresa fundidora y con quien vivía junto a su pequeña familia.

- ¿Irás al taller? - había preguntado su nieta política durante el desayuno.

Su nieto al verlo ensimismado en la taza de café, se adelantó a decir que él preparaba una sorpresa para la familia, además de una cena de algún restaurante.

- Será una reunión de camaradería, con algunos amigos más - aclaró.

Su nieta política y sus bisnietos movían la cabeza en señal de aprobación, tomando chocolate diluido en leche.

- Una reunión nos vendría bien, sobre todo ahora - dijo él.

- Tú que has sido un gran deportista, te lo mereces - dijo su nieto.

- La historia de nuestro club es una historia íntima, una historia marcada por los avatares políticos y sociales - comentó cortando en pan en rodajas.

- Eso en lo más importante, lo más valioso, mantenerse de pie - interrumpió su nieto.

- No en vano el club es el más viejo entre los viejos, desde 1908 - dijo sonriendo y tomando un sorbo de café humeante, mientras se imaginaba luciendo la clásica chompa negra del goalkeeper. Esa indumentaria era una reliquia. Tenía grabada en el pecho en letras blancas, el nombre del club; Bolívar, y

en la espalda su complemento: Nimbles.

Aquel era un acto de compromiso consigo mismo, la institución y los espectadores. Allí estaba, junto a sus compañeros que lucían a su vez la camiseta de barras blancas y rojas, verticales, y el pantalón azul, todos en actitud de apronte. Era el tiempo del jugador de primera; del crack, del presidente del club de terno impecable, del masajista con la caja de primeros auxilios llevando los colores y la insignia de la institución, en fin, de la gente que vitoreaba y aplaudía, o se entregaba a gritar insultos y a silbar.

Su nieto se puso de pie. Avanzó hacia él acercándose por el respaldo de la silla. Puso las manos en los hombros y se inclinó levemente para besar la sien por el lado derecho y habló bajito con el agradecimiento de un hijo. En el ambiente sólo se escuchó un «sigue así». Casi inmediatamente después se despidió. La radio informaba sobre la inauguración de la Casa Municipal de Cultura, cuando cerró la puerta del comedor tras de sí, para encaminarse rumbo a la oficina.

Los ventanales dejaban ver el interior de la sala. Allí, de pie, estaba su nieta política. Parecía como si estuviese atenta a sus movimientos. El vestido largo de algodón color marfil y la chompa de lana de vicuña marrón, le venían bien. No tenía mucha comunicación con ella. A veces le costaba mantener un diálogo. En su rostro bonito y trigueño, la cabeliera negra cortada en línea recta, caía a los costados con ese brillo que sólo lucen las mujeres. Al fin ella salió a su encuentro.

- ¿Está listo - preguntó.

- Sí - dijo él - mirando las rosas rojas.

En el fondo era esta actitud la que impedía una entrega de ambas partes.

- ¿Irás al taller? - se limitó a decir ella. Esta era la segunda vez que hacía la misma pregunta.

- ¿No, hoy no iré - dijo él - sacando el llavero del bolsillo del pantalón azul. Al momento se sumó el tercero de sus bisnietos, de un poco más de seis años y todo cambió. Al ver que venía a la carrera, guardó el llavero y se agazapó con los brazos abiertos para recibirlo y elevarlo por los aires, girando y musitando y haciendo como quien baila, con las caras frente a frente, mientras el chico se echaba a reír.

- Tu serás el mejor arquero del mundo - le dijo y siguió con su improvisado baile con el niño por encima de la cabeza.

- El mejor del mundo - repitió su nieta política, aplaudiendo con los brazos en alto, hasta que se interrumpió al ver que los chicos de nueve y ocho años, continuaban en el comedor.

- En seguida regreso para ayudarte con el coche - dijo ella. Él se detuvo, besó al niño y dejó que corriera luego de la madre. Se quitó la gorra y peinó con los dedos la melena gris hacia arriba, caminando al pequeño garaje donde guardaba su viejo y conservado Dodge. No tan viejo como él, un hombre de ochenta y tantos años, ¿pero qué importaba si se veía como un joven de cincuenta?

Su rostro bronceado mostraba las huellas de algunas arrugas, profundas sí, en los extremos de los ojos, y nada más.

Pensó que si hoy tuviese veinte años menos, no, treinta años menos, no, cuarenta años menos, no, eran muchos años que tenía. Sólo por rutina se llevó la mano derecha a la cicatriz sobre la ceja izquierda. De aquella herida brotó la sangre como agua y le cubrió la cara. Todo ocurrió cuando se lanzó para atrapar un balón venciendo la gravedad. De hecho en las fotografías aparecía levitando con el balón aprisionado en las manos. Casi el mismo tiempo un puntapié le abría la ceja como una boca. Entre la sangre que borbotaba sobre los ojos y la ceja tumefacta, logró distinguir al auxiliar corriendo con el botiquín, la hinchada invadiendo la cancha y los contrincantes en una pelea campal, sin policías, sin mallas de protección, se desbandaban todos.

Puso en marcha el viejo Dodge y salió a la calle larga y vacía, casi como una cinta negra debido al reciente asfalto muy con nacientes arbolitos en ambas veredas, alineados a las casas de una planta. Hoy había decidido viajar a Huarí, permanecer allí y retornar a la noche. Su nieta política cerraba la puerta del garaje y sus bisnietos brincaban alrededor en medio de un gran bullicio. Bolívar Nimbles había ganado el campeonato y retornaba a la primera división del fútbol. Probó los lentes de aumento y sus manos anchas se afirmaron sobre el volante bajo la lluvia de preguntas de los chicos que seguían corriendo tras el viejo automóvil. Agitó el brazo fuera de la ventanilla mientras iba acelerando. Por el retrovisor divisó al menor de sus bisnietos y creyó ver en él, al futuro gran arquero de la historia.



MAMERTO SOLANAS. La Paz.  
(El Duende agradecerá  
específicamente dirección para  
posterior contacto).